

CARTA DE SUSANA Y SEGUNDA CARTA DE SUSANA

Por Robert Musil

MUSILIANA

“*Carta de Susana*” y “*Segunda carta de Susana*”, son los títulos de dos relatos que Robert Musil publicó bajo su nombre el 21 de enero y el 8 de febrero de 1925 en el periódico *La Prensa de Praga*, en el que por entonces colaboraba en calidad de crítico teatral. Las dos cartas son desconocidas y no aparecieron en la edición de las obras completas.¹

Lo mismo que algunas otras, pertenecientes a las “obras póstumas publicadas en vida”, estas dos “historias” que, en realidad, no son tales, arrojan luz sobre la técnica musiliana del “Principio de la línea más corta” y sobre el “modo satírico de narrar”: el uso exclusivo de imágenes y de hechos que de manera directa “contribuyen a la formación del concepto”, ilumina el objeto de la narración que a su turno, a través de una paradójica comprobación irónica, de una representación caricaturesca, o de unos efectos de gracia inesperados, puede ser revocado o puesto en duda. Lo ideológico desemboca en lo anecdótico y se entrelaza con él, formando un todo; el relato ocupa una zona intermedia entre la idea y el arte, entre la digresión psicológica y la filosófica, sin ser no obstante psicología o filosofía, ni caer por ello en el entumecimiento propio de lo retórico o de lo sistemático. La reflexión mueve y penetra la acción de los personajes; pues al contrario del filósofo, quien, según Musil, está dominado por sus ideas y se deja fascinar por ellas demasiado, “es... un verdadero poeta sólo aquel que coloca un determinado pensamiento dentro de un hombre y describe sus efectos en las relaciones humanas y demás cosas por el estilo.”²

Ambas cartas son ejemplo de la prosa de ensayista de Musil, de cómo un proceso espiritual se transforma, mediante una elaboración artística, en una narración orgánicamente desarrollada.

¹ Robert Musil, *Obras completas*, editorial Rowohlt, I, *El hombre sin cualidades*; II, *Diarios, aforismos, ensayos y discursos*; III, *Prosa, dramas, cartas últimas*.

² *Obras completas*, II, 90.

Marie Louise Roth



Mi amor: tratándose de hombres jóvenes y de buena apariencia, yo sólo puedo aconsejarles que se hagan vendar un ojo. También en el amor, lo menos es más. En nuestro último viaje se sentó frente a mí un hombre que tenía solamente un ojo; el otro yacía oculto bajo una venda negra; te aseguro que era melancólico ese ojo negro, oculto, apartado del mundo, exótico; puedes repetirme diez veces que se trata simplemente de que ese hombre se ha llevado los dedos sucios a los ojos; todo en vano: la fantasía no cree en una irritación. Puedes hacerte cargo, todas las veces que quieras que, en el caso de que esa tortedad tuviera realmente un origen poético, esa poesía de la tortedad, desde Wotan hasta Wagner, no es en el fondo nada distinto de la ramplonería de duelo

de estudiantes propia de nuestros hermanos, o el pretexto de nuestros esposos que, tan pronto llegan a una edad respetable, se remiten, de buena gana, como es sabido, al ejemplo de Odin, quien pagó su sabiduría con una pérdida de la sensibilidad. De nada te sirve: el ojo negro te hace el efecto de estar oyendo a Chopin.

Tú has aprendido más que yo: creo que a una cosa semejante se le da el nombre de una “variante negativa”. Para la razón se trata de un defecto, pero es un defecto que excita. Así me sucedió. Con seguridad la invención del monóculo proviene también de esa tortedad. Por ello me doy cuenta de qué especie son los placeres de nuestro tiempo: mientras que el ojo vendado de negro da prestigio al libre, llenándolo de sugestivos

misterios —se busca precisamente el otro ojo— el ojo “armado”, en cambio, desaloja a su gemelo; de hecho no me acuerdo del color de los ojos de ninguno de los que, entre el círculo de nuestros conocidos, usan monóculo, y probablemente lo mismo deben pensar ellos: deslumbrantes, resplandecientes, penetrantes, pero sin poder ser penetrados a su vez, han hecho de un estímulo espiritual una ridícula técnica de intimidación. Por el contrario he podido establecer rápidamente cuál era el color de los ojos de mi desconocido. Si es verdad que un tronco fuerte exige una cuña igualmente fuerte, dada la “energía” de la cuña, nuestra fantasía femenina tiene que ser hoy como una encina alemana de la mejor calidad.

El ojo sano de mi desconocido, se hallaba por mitad oculto entre las sombras de su abrigo pendiente. Cuando quería observarme, cosa que sucedía a menudo, venía hacia afuera con un movimiento ligerísimo, pero tan pronto yo levantaba la vista, desaparecía hábilmente y el óvalo negro de la venda interceptaba la mirada como un escudo, al paso que el enemigo fugitivo apuntaba invisible, desde la jungla de pieles del abrigo. Todo esto, en viajes hechos por tren y no muy largos, constituye un juego delicioso. Nosotros nos mantuvimos, ambos, durante él, completamente serios, como se debe. Sé naturalmente cuál es mi aspecto: ya no del todo joven, como tú estarás de acuerdo. La quijada era enérgica y el cuello derecho; hoy se extiende sobre ambos una ligera cortina de grasa, a la manera de una suave tela plegada. Algunas veces, ante el espejo, eso tiene para mí el encanto de los pesados vestidos de invierno, o en general de los trajes largos y cerrados hasta arriba, bajo los que apenas cabe sentir el cuerpo, como a través de la más débil e indeterminada de las alusiones; me gusta, pues, también, que mis caderas hayan ya alcanzado, en relación con mi estatura, la extrema, si bien todavía hermosa anchura; que la forma alargada en huso de los muslos se encuentre tan desarrollada, que me va a ser preciso, pronto, si bien ahora todavía no, engordar, y que ahora ya no sea posible, como una vez, colocar, estando de pie, una hebra de seda en la delicada garganta que corre entre el pecho y el estómago, sin que se caiga. Me imagino que algo parecido debe sentir un acróbata que se halle en el punto central más profundo y ondeante de la cuerda; de allí en adelante, todo paso posterior conduce de nuevo a regiones más tranquilas y seguras. Pero puedo imaginarme que un hombre joven me rechazara, como antiguamente José, si yo, olvidándome de mí, actuara ante él como la mujer de Putifar. A ello podría contribuir también mi piel trigueña que, en el sitio donde el cuello se implanta en el pecho, comienza ya a ponerse oscura, en vez de tener el rubio brillo que mis cabellos aclarados requerirían. Pero los ojos se mantienen todavía oscuros en sus órbitas y a su lado la rubia nariz, que debería inclinarse por amor de ellos, noblemente, hacia abajo y que en cambio lo lanza a uno de repente en el aire, tiene

todo el encanto de un giro imprevisto. No es porque no me haga ilusión alguna sobre la amistad, por lo que te escribo todo esto de un modo tan objetivo, sino porque estoy convencida de que eso no tiene nada de malo. Basta no cometer dos errores: no darse cuenta, o encegucarse de espanto. Entonces algo bueno puede resultar de todo ello. Mi esposo tiene ya que haber notado, desde hace mucho, todos los cambios de mi cuerpo y, no obstante ello, me ama, me ama tal como soy; esto me lo hace a veces casi insoportable, pues me sustrae toda mi fuerza, quiero decir que le quita al cuerpo toda su posibilidad de fantasear; me siento entonces como un libro ya leído que se tiene por muy bello; pues el que un libro sea bello no remedia en ningún modo el hecho de que ya haya sido leído.

A propósito, me viene en mente que tengo que responderte a otra pregunta: para mí es, desde luego, completamente indiferente, qué cosa leo. Las primeras cincuenta páginas me son tal vez necesarias para orientarme, y entonces todavía soy sensible a la mayor o menor destreza del autor; pero luego, sólo ardo de entusiasmo ante la idea de que tengo ante mí todavía trescientas páginas desconocidas, o sólo tres, pues eso me es indiferente: lo importante es que todavía me quede una página por leer. El libro no necesita tampoco ser muy excitante; las gotas de la lluvia que resuenan en la ventana, son menos instructivas pero más sugestivas que Beethoven. Por lo demás, con ello no quiero ponerme en absoluto como modelo, y cuando llego a la última página, juzgo que todos los escritores son farsantes. También por lo que hace al hombre, lo más importante es que nos deje nuestras posibilidades, siempre y cuando que no se hayan aburrido de nosotras. Pues estoy convencida, si bien tú no puedes traicionarme, ya que no tengo cómo probarlo, que Napoleón habría sufrido una gran desilusión si, en su juventud, se le hubiera predicho que un día llegaría a ser el emperador de los franceses, y no también emperador del mundo, Papa, el primer hombre que puede volar, etcétera. Es más: que su decadencia comenzó en el preciso momento en que se sintió satisfecho de sí mismo. Lo hemos aprendido en la clase de historia natural: la naturaleza consume millones de gérmenes, para que uno solo de ellos alcance su fin. En consecuencia, la monogamia es una forma inferior de lascivia, contraria a la naturaleza.

Un hombre que mira sólo con un ojo, es un hombre que tiene una larga vista, que se desliza como la yema de un dedo por sobre nuestro rostro y nuestro cuerpo. Sentí precisamente su curiosidad, no de entrar en contacto conmigo, porque eso habría sido una indiscreción que un hombre extremadamente educado como él, no se hubiera permitido; pero sí de explorarme con cautela. Tan pronto estaba él aquí, tan pronto allá; algunas veces su discreción era increíblemente indiscreta; y lo lindo era que una sentía que detrás de todo ello se hallaba, operante, el espíritu. Yo me abría o cerraba el abrigo y la bufanda de seda, mostraba partes, apoyaba el brazo o



Robert Musil

lo dejaba caer en mi regazo con manifiesta intención; me imagino que todo eso debía darle mucho que hacer al desconocido, quien se esforzaba por ganar una idea del todo a través de esbozos y detalles. Yo sólo sé decir que él me inventó de un modo genial, sin que ninguno de los dos supiera de antemano cuál iba a ser el sentido definitivo. ¿Te acuerdas de haber leído en Nietzsche: “todo bien me hace fecundo; esa es la única forma de agradecimiento que conozco”? Esa es una frase maravillosa para las mujeres que no quieren tener hijos.

De tiempo en tiempo Manni me preguntaba si debía darme otro libro, o caramelos, o una botellita de cualquier cosa; un abismo yacía entre nosotros, al otro lado del cual yo me encontraba con el desconocido. Pero sucedió que nos acercábamos a la meta y la nerviosidad de la llegada se apoderó de mi esposo, quien cerraba y abría todas las pequeñas valijas, metía y sacaba cosas de ellas, las revolvía, etcétera, hasta que los suburbios nos pasaron velozmente por los ojos. Y entonces viene lo que me ha movido a escribirte. Pensé de repente qué diría el ojo del desconocido delante de todas aquellas “aperturas” que mi esposo, en la forma más ingenua y desprovista de tacto le estaba ofreciendo. Pero al levantar la vista noté que aquel ojo no estaba en lo más mínimo dirigido hacia

nosotros, sino que en la forma más cuidadosa, iba y venía por entre las valijas de su dueño. Y sólo entonces me di cuenta de que tampoco yo me estaba ocupando, desde hacía largo rato, en nada distinto de mis pequeños y dorados espejitos de bolsillo, las borlas de polvos y demás objetos de tocador, de los que una hace uso de modo ya casi inconsciente; de hecho, me había olvidado del desconocido.

Y eso es realmente un desenlace insólito. Nadie me esperaba y yo me estaba arreglando para nadie, ya que nada de eso podía tener un valor para el hombre concreto y real que se hallaba frente a mí. Es como si yo hubiera dejado quemar en el horno la sartén con la paloma, debido a que en el tejado se posan los gorriones; ni siquiera por ello, sino por un gorrión genérico, que en su universalidad es sólo una ficción. Tengo que meditar de veras sobre todo esto. En aquel momento se me ocurrió un ejemplo, antiguo, pero muy oportuno: el del juego de los hombres con la producción de armamentos; también ella se hace sin miras a ninguna guerra planeada en concreto, sino así, en general; a lo sumo sobreviene una desgracia, ocasionalmente. Se trata de hombres, más parecidos a nosotras de lo que creemos.

(Tomado de la “Prensa de Praga” del 21 de enero de 1925)

Segunda carta

¡Mi amor! encuentro que nuestros hombres se han quedado atascados en ideas fatales, y mucho placer me ha deparado en los últimos años el problema de saber cómo es que ellos las piensan en realidad. Son completamente incapaces de dominar con ellas su vida, y les tienen un gran miedo, que llaman veneración. En realidad sucede que cuando sorprendo a mi camarera dejándose besar por uno de mis amigos, mi esposo se muere de la ira y no sabe si despedir en seguida a la camarera, o prohibirle a mi amigo la entrada en la casa, alegando para ello “destrucción de la autoridad”, “abusivo desconocimiento de su calidad de amo de casa” y una buena docena más de razones. Se rompe la cabeza pensando y repensando cuántas conveniencias obligadas han sido violadas por un comportamiento semejante; y cuando yo finalmente digo: “sabes Manni, lo mejor es que hagamos como si nada supiéramos”, respira aliviado, pero me mira airado y dice: “Vosotras las mujeres no conocéis ninguna responsabilidad para lo universal.”

Por lo que a mí hace, está en lo cierto. Una vez tuve un amigo que era físico —me gusta hacerme explicar por mis amigos lo que hacen. Pues bien, me decía que cada uno de sus extraños símbolos, que él llama matemática, le sirven para poder deducir, mediante una fórmula general, sin fatigas y cuando quiere, todos los posibles casos particulares, cosa que de otro modo se haría interminable. Eso me gusta. Pero ¿cuál es el objeto de

fórmulas generales que sólo le sirven a una de obstáculo en cada caso particular? De esta segunda especie son todos los principios en los que Manni apoya su "responsabilidad para lo universal".

Mi amor, este problema es de grande interés para nosotras las mujeres. Manni dice: "Tú no debes matar." Pero, sólo con mucho trabajo logré disuadirlo de la idea de que a un hombre le sea lícito matar al "ladrón de su honor" cuando lo sorprende *in fraganti*. Pero no me fue posible convencerlo; gracias a Dios que en el decenio anterior a la guerra los "delincuentes nobles por pasión y por amor", pasaron simplemente de moda y eso me ayudó. Durante la guerra, en cambio, Manni padeció terriblemente de filosofía. Hace poco tuvimos a la mesa a un simpático joven, que no hacía mucho se había visto envuelto en lo que se llama un "escándalo": había emprendido un viaje con una mujer un poco tonta, con su dinero; había "trabajado" el dinero con su consentimiento, abandonándola después, naturalmente sin su consentimiento. Para las dos cosas había motivos suficientes, pero en el momento de los hechos, la cosa todavía era oscura y fue a dar por desgracia en los periódicos. "En rigor a un hombre semejante no se le debiera dar la mano", decía Manni, y lo decía después de que el hombre en cuestión había comido con nosotros. "Pero él no te ha hecho nada", repliqué yo. "Por el contrario, has celebrado con él un negocio convenientísimo." "Sí", dijo Manni, "él no me ha causado ningún daño, pero aun en el caso de que hubiera perjudicado a un enemigo mío, yo no debería pasarlo por alto, puesto que yo desaprobaría la misma acción en el caso de que fuera dirigida contra mí". "¡Pero la misma acción contra ti, está excluida, en este caso de antemano!" "Obra siempre", dijo Manni, "de modo que tu acción personal se pueda convertir en una ley universal". . . Y yo: "Pero eso no es posible, pues para ello se necesitaría una casual coincidencia de este dinero, de estas circunstancias, de esta mujer y de este hombre, y, por lo menos el último, es un joven agradable y con personalidad, al cual no se le puede incluir entre la infinidad de ejemplares de que una ley necesita para constituirse". En ese momento vino en ayuda de Manni su "cabeza universal", lo que le permitió analizar el caso descomponiéndolo en leyes generales e incontrovertibles, una cada vez más extensa que la otra, pero sin que lograra en cambio recomponerlo con base en ellas. Siempre les pasa lo mismo a los hombres. Pueden probar maravillosamente que algo es propiedad o es robo, que una persona es un héroe o un espía; o que tal otra es un atleta o un gañán; pero cuando se trata de decidirse por la alternativa, entonces mienten como las mujeres. Componen el mundo mediante puras reglas generales y se ven obligados después, para que la cosa les cuadre, a admitir excepciones sin cuento. Manni exige que el Estado se preocupe más por las convicciones cristianas; pero él mismo no va nunca a la Iglesia, y tiene sólo amigos de negocios hebreos; encuentra hermoso vivir en

una época moderna y democrática, pero a ningún precio podría pasarse sin las altezas, príncipes, condes y eminencias y cosas parecidas, que en ella se dan; venera la grandeza en la vida, pero sabe que los orígenes de la vida bullen en los más oscuros ángulos, caldeados por el más brutal de los egoísmos; dice que hoy sólo los generales creen en la posibilidad de una guerra, mientras él no cree en los generales; y no obstante, deja actuar a los generales en cada ocasión. Mi amor, es éste, el de los hombres, un mundo difícil, en el que cada afirmación es repetidas veces rectificada, pero ninguna desaparece. Estoy convencida de que si no fuera por las excepciones, el mundo se habría paralizado desde hace mucho tiempo y que sin ellas no podría vivir siquiera un día; en realidad el mundo se mueve en y desde el mal y utiliza la virtud sólo como una inhibición, sin que sea capaz de confesárselo. Me hallo también convencida, sea dicho entre nosotras, de que la gran guerra de los hombres se ha producido por la sencilla razón de que no podían ya más con su paz; de la paz han ido directamente a refugiarse en la guerra. Y cuando pienso en lo que sucedió después en todo el mundo: cómo, por ejemplo, durante largo tiempo se despreció a los desertores y especuladores, para terminar por ver en ellos hombres inteligentes y eficaces, entonces se me antoja que nosotros nos hemos deshonrado, no tanto por nuestra inmoralidad cuanto por una moral flotante entre el cielo y el infierno, que no se decide a tomar posesión de la tierra. Cuando le digo algo semejante a Manni, se pone furioso como un muchacho al que se le contradicen sus reglas de juego y declara que con muchachas no se puede jugar de ninguna manera. ¡Cuánto más inteligentes son las amorosas mujeres, que los hombres de mucho carácter! Cada último hecho es sólo el primero de una nueva serie. Cada ley general, sólo una parte especial de una ley más general, que pronto se pondrá en desarrollo. Un hombre termina su historia de un modo tan maravilloso y conclusivo, que hace cobrar importancia a todas las cosas nuevas. Pues bien: ¡en el mismo instante, al otro lado se levanta otro y traza un círculo alrededor del círculo que habíamos tenido por el límite de la creación! Esta no es una observación mía, pero ella encierra una justificación perfecta de la llamada infidelidad. Sabemos muy bien que, cuando dos hacen lo mismo, no es lo mismo. Un hombre que nos hace mal, puede arrebatarlos por la forma como nos lo ha hecho, mientras que otro, que sólo nos ha hecho bien, puede no obstante inspirarnos repulsión. Es siempre el todo el que hace decidir a la inefable balanza: nuestra justificación ante nosotros mismos, nunca se funda en detalles más o menos generalizados. Algunas veces me dan ganas de dictarle una conferencia a Manni sobre esto, pero no me gusta hablar con él sinceramente de cuestiones morales. Debes, pues, excusarme si en cambio me he permitido dirigirte a ti esta carta. ♦

(Tomado de la "Prensa de Praga" del 8 de febrero de 1925)